

del orador se asustaron temiendo que la violencia llevada hasta este punto exasperara al emperador y le arrojara en brazos de los partidos extremos. Pero, en el entretanto, la impunidad de tal licencia autorizaba todas las temeridades, así es que el Sr. Keller continuó diciendo: «No se trate, pues, de empequeñecer este debate; no se evoque la sombra de los antiguos partidos. No somos los soldados de no sé qué patria austriaca disfrazados con el manto de la religión; la lucha está ahora empeñada, como en 1848, entre la fe católica, al mismo tiempo francesa y romana, y la fe revolucionaria; entre hombres que, de uno y otro bando, despliegan abiertamente sus banderas y que, si es preciso, sellan sus ideas con su sangre. Francia fué francamente revolucionaria en 1793, francamente conquistadora durante el primer Imperio y francamente conservadora en 1848 y 1849; pero vosotros, que habéis cometido la imprudencia de abrir nuevamente este campo de combate sin medir la trascendencia de lo que hacíais, ¿quiénes sois y qué queréis ser? ¿Sois revolucionarios? ¿Sois conservadores? ¿O sois simplemente espectadores del combate? Hasta el presente no sois ni una cosa ni otra, porque habéis retrocedido delante de Garibaldi al mismo tiempo que decíais ser su mayor enemigo; porque enviabais á la vez una eficaz ayuda al Piamonte é hilas al rey de Nápoles; porque habéis hecho escribir en las mismas páginas la inviolabilidad del Padre Santo y su destronamiento. Decid, pues, lo que sois.» Desde la instauración del Imperio, nunca se había oído semejante lenguaje; es más, en ausencia del ministerio responsable, todos los golpes caían directamente sobre el emperador. Aquel hombre á quien una hora antes nadie conocía, tenía subyugadas la Cámara y las tribunas, y él mismo hallábase poseído de una emoción que nunca más volvió á sentir, porque, según confesión de los mejores jueces, aquel día, y sólo aquel día en toda su carrera, fué gran orador. El final del discurso fué sencillo, concreto, de una hábil moderación que parecía suavizar los anteriores atrevimientos: «Nos habéis pedido todo nuestro pensamiento, y voy á acabar de exponeros el mío. Ya es tiempo de mirar de frente á la Revolución y decirle: ¡De aquí no pasarás! La idea que expongo no es la idea de un adversario, sino la de un hombre sincero, leal á tres cosas para él inseparables: su patria, su gobierno, su conciencia.»

Este discurso obtuvo todos los honores y particularmente el de provocar una respuesta del Sr. Billault, quien, terminado que hubo el Sr. Keller, se levantó de su asiento, nervioso, alterado, sobreexcitado visiblemente por una vehemencia tan inesperada, y con extrema energía defendió al emperador de la censura de haber dejado desviar su política por complacencia con la revolución ó por temor al asesinato; proclamó el gran resultado de la guerra de Italia, es decir, la destrucción de la preponderancia austriaca en la península; y negó que Napoleón pudiera deshacer lo que tan gloriosamente había hecho, y constituirse, él, el elegido del pueblo, en restaurador de los tronos de derecho divino. La cámara le aplaudió, pero sus aclamaciones fueron especialmente para el orador brillante y fogoso. Del discurso del Sr. Billault sólo quedó una frase: en el comienzo de su discurso, al ver repentinamente agitada á la cámara, antes tan tranquila y aun puede decirse tan sombría,

exclamó: «¡Cuánto hemos adelantado de ocho días á esta parte!» En efecto, se había adelantado mucho y los mismos que habían deseado la evolución se asombraban de que ésta fuera tan rápida.

El público había recobrado resueltamente su afición á los debates parlamentarios; así es que las siguientes sesiones se abrieron con extraordinaria concurrencia. La continuación de los debates del mensaje hacía que la atención se fijara sucesivamente en todos los puntos de la política: Julio Favre pidió la extensión de las libertades públicas; Ernesto Picard criticó las obras que se realizaban en París y la gestión del Sr. Haussmann, siendo aquella la primera edición de un discurso que había de reproducir y variar muchas veces; el Sr. Pouyer-Quertier y el Sr. Brame reprodujeron sus lamentaciones á propósito del tratado de comercio; y el señor Devinck y después de él el Sr. Magne hablaron de cuestiones de hacienda. En estas discusiones, los diputados de la extrema izquierda, los *Cinco*, como se les denominaba, permanecieron aislados del resto de sus colegas, y mirando con desdén las tímidas y tardías veleidades naturales, parecían formar el grupo de la oposición irreductible. A todo esto surgió un incidente que provocó infinitos comentarios: Emilio Olivier había tomado la palabra después del Sr. Baroche y con su acostumbrada elevación de espíritu había tratado de la prensa, de sus condiciones de existencia, de la necesidad de abolir la autorización previa y de substituir á la arbitrariedad administrativa la jurisdicción del jurado. Hacia el final de su discurso, su pensamiento se despojó de los velos que lo envolvían, y dirigiéndose, por decirlo así, al mismo soberano, le invitó, en el lenguaje más leal y más brillante, «á rechazar los consejos pusilánimes, á iniciar valerosa y espontáneamente á un gran pueblo en la libertad, y á ponerse directamente en presencia de la nación.» «Lo digo yo que soy republicano; el día en que tal llamamiento se hiciera, podría muy bien suceder que hubiese todavía en el país hombres fieles á los recuerdos del pasado ó demasiado absorbidos por las esperanzas del porvenir, pero la mayoría otorgaría su admiración y su ayuda y este apoyo sería tanto más eficaz cuanto más desinteresado.» Al día siguiente, las palabras «yo que soy republicano» no aparecieron en el acta taquigráfica; interpelado á causa de ello el Sr. Morny, reivindicó la responsabilidad de la supresión y tributó al propio tiempo un homenaje muy merecido, pero muy significativo, «á la moderación, á la probidad, á la rectitud de su respetable colega.» Entre los *Cinco* este discurso señaló la primera escisión; y señaló también la primera de las sucesivas desviaciones que poco á poco habían de empujar á Emilio Olivier hacia el imperio liberal.

El 22 de marzo, la discusión del párrafo referente á las cuestiones italianas atrajo la atención general sobre el principal objeto de todas las preocupaciones. La sesión fué notable, no tanto por la brillantez de los discursos como la regresión á las más refinadas habilidades de la antigua táctica parlamentaria. La derecha ambicionaba reunir en una enmienda, por modesta que fuese, un número de votos bastante considerable para que, á los ojos del país, aquella votación se convirtiera en una manifestación y á los ojos del emperador en una advertencia, y reservándose al principio, dejó discutir

VI

muy á fondo una moción de Julio Favre y de sus amigos, quienes, á ejemplo del príncipe Napoleón, solicitaban el abandono del romano pontífice y el próximo regreso del cuerpo de ocupación. El hecho de no haber obtenido la proposición de la extrema izquierda más que cinco votos, es decir, los de sus autores, constituyó un primer triunfo para los católicos, quienes, entrando entonces en acción, presentaron su enmienda, y dando pruebas de gran sagacidad se guardaron de confiar la defensa de la misma á aquellos de sus colegas que más se habían distinguido en los anteriores debates. En vez de esto, pusieronla bajo el patronato de diputados menos comprometidos hasta entonces, más azeados á las discusiones de negocios que á la política, muy apreciados, muy respetados por todos los grupos, y, por ende, más á propósito para recoger en los linderos de los distintos campos preciosas adhesiones. El Sr. O'Quin, diputado por los Bajos Pirineos, y el Sr. Ancel, armador muy importante del Havre, fueron los órganos de la derecha. El Sr. Billault había pedido ya la palabra, algo prematuramente, y el Sr. de Morny, comprendiendo el peligro, apenas se hubo sentado el Sr. O'Quin, levantóse de su asiento, y deseoso de evitar un fracaso que había de llevar al ánimo del emperador la desconfianza contra las recientes reformas, actuó de abogado del gobierno. Una y otra vez leyó y comentó el texto de la comisión y afirmó que este texto respondía al doble sentimiento del país, muy católico y por consiguiente muy contristado de los infortunios del Padre Santo, pero al mismo tiempo muy liberal y muy hostil á toda intrusión del clero en los dominios de la política. El emperador tenía confianza en el Cuerpo legislativo, como lo demostraba el hecho de haber ampliado recientemente sus atribuciones. ¿No tendría el Cuerpo legislativo la misma confianza en el emperador? Así habló el Sr. de Morny, quien como nadie sabía unir á la mayoría; la impresión que su discurso produjo en el auditorio fué visible, tanto que el Sr. Ancel retiró su enmienda. Sin embargo, ni aun en estas circunstancias se dió por vencida la derecha, la cual, por el contrario, con una pertinacia y una sangre fría meritorias, apeló al último recurso que le ofrecía el procedimiento parlamentario.

El proyecto de la comisión, muy correcto en su conjunto, terminaba con una frase poco respetuosa para el Padre Santo, á quien se acusaba de *resistencia á prudentes consejos*; en el momento en que iba á comenzar la votación, los Sres. Ancel y Anatolio Lemerrier pidieron la división del párrafo y la supresión de la frase final, lo que era para los adversarios de la política seguida en Italia un medio supremo de reunirse y de contarse.

El Sr. Baroche protestó; una porción de diputados pidieron la palabra á la vez, y el tranquilo Cuerpo legislativo de otro tiempo se convirtió en tumultuoso. Por fin prevaleció la división, y votada separadamente la última parte del párrafo, hubo 91 votos contra 126 para pedir la supresión.

Este incidente fué el más memorable de cuantos ocurrieron durante la legislatura: por vez primera desde el establecimiento del Imperio, se formaba una oposición imponente por el número, no en una cuestión de negocios, sino en una cuestión política.

En medio de estas circunstancias, Cavour llegaba á la cúspide de su fortuna. El 18 de febrero Víctor Manuel había abierto el Parlamento, y por primera vez hallábanse reunidos en un mismo recinto los representantes de toda Italia, desde los valles del Piamonte hasta las riberas de Sicilia. Pocos días después votó una resolución que cambiaba el antiguo título del rey de Cerdena y, consagrando sus conquistas, lo hacía *rey de Italia*. En efecto, Italia estaba completa, salvo Venecia y Roma: de Venecia nadie se atrevía á hablar demasiado; en cambio Roma era objeto de todas las ambiciones y el ardor de los piamonteses por conquistar la Ciudad eterna sólo podía equipararse con el celo de los católicos por disputársela.

Para que Roma volviera al patrimonio común era preciso que el papa, por miedo ó por la persuasión, abdicara de sus derechos temporales, ó que Francia retirase su protección. Una renuncia por parte del Padre Santo era muy poco probable; sin embargo, Cavour, á pesar de que no era verosímil el éxito de sus gestiones, ingeniábase desde hacía algunos meses para conquistar por medio de intrigas muy secretas á ciertos miembros del Sacro Colegio que, á su vez, habrían de influir en el ánimo de Pío IX. Poco tiempo después, habiéndose divulgado estos manejos, el gobierno pontificio desmintió que hubiera entabladas negociaciones. Napoleón tuvo noticia de lo que se tramaba, pero ni por un momento creyó en el buen resultado de aquellos tratos: «Es una intriga muy mal urdida, escribía familiarmente el duque de Grammont, y no tenemos ningún interés en seguirla.» Cavour, rechazado por el lado de Roma, cosa que ya podía esperar, puso sus ojos en Francia, datando de entonces el primer proyecto del convenio firmado tres años después y que se ha hecho famoso con el nombre de *Convenio de 15 de septiembre*, proyecto en el que se decía que Francia retiraría sus tropas y el Piamonte, por su parte, se obligaría á abstenerse de todo ataque contra los Estados de la Iglesia. En 13 de abril el príncipe Napoleón presentaba este proyecto al primer ministro sardo, añadiendo para tranquilizarle: «Si la dominación del papa llegase á ser demasiado insostenible, el gobierno del emperador no se crearía obligado á defender al Padre Santo contra sus propios súbditos.» Este arreglo no desagradaba al Sr. de Thouvenel, quien desde entonces habló de él al emperador, instando además para que se reconociera el nuevo reino. Desde Roma, empero, formulaba objeciones nuestro embajador, el Sr. de Grammont: «¿Cómo proponer al Piamonte, decía, un convenio que no aceptará ó que aceptará con el propósito preconcebido de violarlo?» Este diplomático consideraba preferible á un tratado la simple y concreta declaración de que cualquier ataque del Piamonte contra el territorio pontificio evacuado por nuestras tropas constituiría un *casus belli* (1).

En el entretanto habíase inscrito en la orden del día del Parlamento italiano la cuestión romana. Cavour hubo de exponer sus propósitos ante su patria y ante Europa y lo hizo en un lenguaje en el que aparecieron

(1) Despachos del Sr. de Grammont al Sr. Thouvenel, 27 de abril y 11 de mayo de 1861.

mezcladas la impudencia y las protestas respetuosas. En sus discursos (ya que fueron tres los que pronunció en aquella ocasión) (1) pueden distinguirse dos partes: una en que rechazó brutalmente todo cuanto había declarado sagrado el antiguo derecho de gentes; y otra en que estableció un derecho nuevo que en nada había de desmerecer del anterior: «Roma, dijo, ha de ser y será la capital de Italia.» Esta fué la afirmación cínica; cínica respecto del papa reconocido por todas las cortes; cínica respecto de Francia, bajo cuya bandera se amparaba Roma; cínica respecto del mundo entero, ya que, de prevalecer tales teorías, nada podría considerarse seguro. Pero á renglón seguido vino el contraste: después de haber despojado á la víctima, dedicóse Cavour á cubrirla con un manto más brillante que el que acababa de arrebatarle, y con un lenguaje majestuoso y una elocuencia amplia inusitada en él, negó que el poder temporal ejercido bajo la fiscalización y con ayuda de las tropas extranjeras pudiera ser para el soberano pontífice una garantía de independencia; burlóse de los concordatos y de sus concesiones precarias; recordó el programa formulado en otro tiempo por Lamennais y reproducido por Lacordaire, Montalembert y sus amigos; é invocó el ejemplo de Bélgica, en donde el clero, libre de toda traba concordatoria y sometido únicamente al derecho común, ejercía tan considerable influencia en los negocios públicos. «Al mismo tiempo que proclamaremos la pérdida del poder temporal, proclamaremos la libertad de la Iglesia... Ahora bien, en nuestra patria el partido liberal es más católico que en ningún otro país de Europa... de manera que los beneficios de la libertad serán tan grandes en Italia que en pocos años los partidarios de la Iglesia, si aceptan este sistema, serán los que preponderarán en el país legal.» Y volviendo al lenguaje familiar á que tan aficionado era, añadió: «Por lo que á mí toca, me resigno á terminar mi carrera en los bancos de la oposición.»

¿Habla Cavour sinceramente? Entre los católicos, aquel respeto pareció hipocresía y los contemporáneos recuerdan todavía las indignadas protestas de Montalembert, irritado de que de tal modo se desnaturalizaran sus ideas más nobles. Aquella promesa de libertad que llevaba por preámbulo el despojo, era juzgada como irrisoria.

Para el primer ministro sardo había pasado ya el tiempo de los planes vastos y de los lejanos propósitos, y el que de etapa en etapa condujera á su soberano de Turín á Milán, de Milán á Florencia y de Florencia á Nápoles, se veía obligado á detenerse á las puertas de Roma: Dios había de privarle de este último triunfo, pero también, en su misericordia, había de evitarle el atentado supremo.

El exceso de trabajo, de emociones y de cuidados había alterado desde hacía algún tiempo su salud robusta, y las frecuentes sangrías, remedio habitual de sus indisposiciones, habían á la larga disminuído sus fuerzas. Nadie, sin embargo, á excepción de sus criados más íntimos, había advertido esta decadencia: su actividad era la misma; su inteligencia, prodigiosamente vasta y flexible, conservaba su aptitud para abarcarlo todo; y en cuanto á su elocuencia había aumentado, convir-

(1) Sesiones de 25 y 27 de marzo y de 9 de abril de 1861.

tiéndose, con gran asombro de sus amigos, de discutiendo de asuntos en orador. Pero aquel extraordinario trabajo no podía realizarse sin un exceso de fatiga que poco á poco iba minando el cuerpo y que no había de tardar en dejarle indefenso contra todo nuevo ataque. Sólo un remedio habría sido eficaz, el reposo; mas este remedio era, si no rechazado, aplazado indefinidamente por Cavour, quien, en ciertos momentos y delante de sus íntimos, concentrábase y hablaba de su retiro y de la paz de que disfrutaría en su finca de Leri: no iría á Roma porque no era artista, decía sonriéndose; y una vez constituida la monarquía, dejaría la tarea á otros y pasaría su vejez al lado de los turinenses á quienes tanto quería y de quienes era tan amado. Pero los negocios se apoderaban nuevamente de él hasta el punto de consumir lo que le quedaba de vida, y veíase obligado á dedicar su atención á toda clase de preocupaciones: ya era el reino de Nápoles siempre indómito á pesar de las contrarias seguridades y hasta entonces rebelde á todo ensayo de asimilación; ya era Francia, benévola ciertamente, pero un tanto tardía en imitar á Inglaterra y en reconocer el nuevo reino; ya era, sobre todo, la insoluble cuestión romana. En el interior no eran menores las dificultades para asegurar el funcionamiento de un Estado prodigiosamente engrandecido, escoger entre la centralización y el sistema ya preconizado de las regiones, atender á los gastos de una organización completamente nueva, y disciplinar, por último, á los imperiosos auxiliares á quienes había sido preciso engrandecer ó tolerar. De todos estos auxiliares el más molesto era Garibaldi, que se quejaba con extraordinaria amargura del modo como habían sido tratados sus compañeros de armas, y que fué á Turín, provocó un debate en el Parlamento y en un discurso lleno de invectivas resumió todos los agravios de los que habían sido soldados suyos. Aquella discusión, que comenzó en 18 de abril y duró tres días, fué un duelo implacable entre Garibaldi y el primer ministro; y si bien éste salió triunfante, su victoria costóle un esfuerzo que acabó de agotarle. Los amigos que después de las sesiones le acompañaron á su casa observaron con espanto su lívida palidez y su sobrecitación que contrastaba con su sangre fría natural, y desde entonces comenzaron á dudar de que e que durante tanto tiempo había sido su jefe pudiera llevar hasta el fin la abrumadora carga.

El 29 de mayo de 1861 estalló el mal en forma de una violenta fiebre acompañada de vómitos; al principio pareció que la enfermedad cedía á los remedios de tal manera que el 31 pudo celebrar Cavour en su casa consejo de ministros, y departiendo con sus colegas recobró toda su lucidez y hasta su verbosidad. Pero ese fué el último destello de su inteligencia poderosa, pues al día siguiente, y sobre todo al otro, reapareció la fiebre con una intensidad continua que hacía vanos todos los cuidados. El día aquel, 2 de junio, era el día de una fiesta nacional, la del *Estatuto*, y en las calles regocijábbase el pueblo que, ignorante de la gravedad de la dolencia del primer ministro, mezclaba el nombre de éste en todas sus manifestaciones. El 3 de junio ya no pudo ocultarse el estado del enfermo, propagándose la noticia por toda Turín y desde allí por toda Europa. El sentimiento que la nueva produjo en Italia fué de dolor; en todas las cortes, de expectación llena de ansiedad.

Hablóse de fiebre tifoidea, de fiebre perniciosa, de ataque cerebral; pero la verdad es que un prodigioso exceso de trabajo había gastado todos los resortes de aquella existencia. En los pocos intervalos en que cesaba el delirio, Cavour llamaba á sus amigos y articulaba palabras que parecían indicar recomendaciones ó confidencias, pero no podía completar una idea por más que se le interrogara, de modo que se llevó consigo á la tumba todo cuanto hubiera podido ser consejo, revelación ó despedida. Ninguna mejoría, ni siquiera momentánea, reanimó la esperanza, y á la caída de la tarde del 5 todos los que le rodeaban comprendieron que su fin se acercaba. Llamóse al párroco de Nuestra Señora, no sólo por el bien parecer, sino además por respeto á los deseos del enfermo, que jamás había hecho profesión de impiedad ni aun de falta de creencias. El moribundo recibió la absolución y luego el Viático y todavía tuvo fuerzas para pronunciar entrecortadas estas palabras: «Quiero que el pueblo de Turín sepa que muerdo como buen cristiano.» Faltábale á Cavour recibir esa despedida solemne que los príncipes suelen dar á sus servidores en trance de muerte. A las nueve de la noche apareció el rey al pie del lecho de su gran ministro, el cual, habiéndole reconocido, intentó incorporarse y murmuró: «¡Ah, Maestà!» volviendo en seguida á perder el conocimiento. En los alrededores del edificio en donde habitaba Cavour había una multitud inmensa, ávida de recoger los más ligeros rumores y animada á veces por temerarias esperanzas. El rey había ordenado que á cada hora le informaran de los progresos de la enfermedad; al amanecer, uno de los amigos de Cavour, el Sr. Castelli, fué al palacio real y anunció á Víctor Manuel que había empezado la agonía. Y cuando regresaba de cumplir su misión, en el momento de atravesar la plaza de San Carlos que, á pesar de la hora intempestiva, estaba llena de gente, uno de los médicos del conde que pasaba por el lado opuesto al de los arcos, hizo una triste señal cuyo significado hartamente se comprendía: Cavour acababa de comparecer ante el Supremo Juez.

Aquel personaje extraordinario que á tanta altura había puesto á su patria, obtuvo todos los homenajes imaginables: sus amigos le lloraron y hasta sus propios adversarios, los que en otro tiempo le habían combatido desde los bancos de la derecha, quisieron mostrarse generosos ante la muerte, y no pudiendo aprobar su política, pusieron de relieve su lealtad privada, su beneficencia y la facilidad de su trato y guardaron silencio sobre lo demás. Tal hizo el diario católico *L'Armonia*, ese antiguo enemigo de Cavour. Los más inclinados á un juicio severo fueron los revolucionarios, á quienes tan duramente había contenido Cavour en los últimos tiempos. De Inglaterra se recibieron solemnes muestras de simpatía; y en cuanto al gobierno francés, quiso dar á Italia, privada de su gran ministro, la prenda de benevolencia que hasta entonces había regateado ó diferido, reconociendo pocos días después el nuevo reino, homenaje póstumo rendido al que acababa de desaparecer. Víctor Manuel había en muchas ocasiones soportado con impaciencia el yugo de Cavour; mas cuando la muerte hubo borrado todos aquellos pasajes rozamientos, pensó en asegurar á su servidor emientemente el privilegio de la sepultura en el real asilo de la

Superga. El primer ministro, sin embargo, había manifestado un deseo más modesto, cual era el de descansar en su heredad de Santena, y este deseo fué cumplido: á los pocos días de su muerte, el fúnebre cortejo penetró en la pequeña aldea; pero ya el abandono se había iniciado, pues los ambiciosos habíanse quedado en Turín para disputarse la herencia. Uno de los biógrafos de Cavour (1) refiere que cuando la comitiva llegó á la bóveda en donde debía ser enterrado, vióse que el sitio era demasiado estrecho para contener el ataúd, por lo que los albañiles y los enterradores hubieron de ensancharlo, oyéndose durante mucho rato los martillazos hasta que al fin se agrandó la tumba lo suficiente para que cupiese en ella el cadáver del que había hecho la Italia.

La muerte de Cavour señalaba una fecha memorable para Italia y también para Francia. Con él desaparecía el hombre de inteligencia flexible y poderosa que había sabido someter al emperador á sus proyectos y modificar de tal suerte el eje de nuestra política que para narrar la historia de Francia hemos tenido que situarnos á menudo, no en París, sino en Turín. De las Tullerías partían las direcciones aparentes, los programas fastuosos; pero el verdadero nudo de la intriga estaba allí donde se encontraba Cavour; muerto éste, recobraría Napoleón su independencia durante tanto tiempo enajenada, y atendería al interés francés con exclusión de todo lo demás? La Italia, aunque hubiera de atravesar aún muchas crisis, estaba definitivamente constituida; y como el pasado era irreparable, imponíase á Francia, para el porvenir, por lo menos una doble previsión: importaba, en primer lugar, que nuestra protegida no se convirtiera en rival nuestra; é importaba sobre todo que si en cualquier parte surgía un segundo Cavour, fuese adivinado, denunciado y contenido.

Aquí empieza para Napoleón III la segunda parte de su reinado. Cavour tuvo un sucesor, pero no en Italia, en donde, propiamente hablando, sólo dejó discípulos. Seis meses antes, en 2 de enero de 1861, había fallecido en Berlín, después de una larga demencia, el rey Federico Guillermo, aquel príncipe místico, extraño, que en sus destellos de iluminismo había vislumbrado y casi predicho, como en otro tiempo Carlos Alberto en Turín, la grandeza de su patria; y su heredero había sido el que debía ser emperador Guillermo y debía engrandecerse en el Norte, como Víctor Manuel en el Sur, por la astucia y por la espada. Deseosa de completar las analogías, la fortuna, que había dado á Víctor Manuel tan gran ministro, proporcionó al nuevo rey de Prusia un consejero de igual habilidad, perseverancia y osadía que Cavour, y como éste sin escrúpulos y sin freno. Aquel consejero había de ser el verdadero sucesor del primer ministro sardo. Representaba en aquella sazón á su rey en San Petersburgo, y si bien gozaba ya de cierta celebridad, nada pronosticaba todavía en él su grandeza. Su obra se parecería á la del gran italiano, pero sería más implacable, más feroz, con más derramamiento de sangre, y podría maniobrar en un escenario más trágico, aunque no con más genio. Llamábase Otón de Bismarck-Schoenhausen y había de llenar toda la escena que acababa de abandonar Cavour.

(1) Artom, *Il conte Cavour in parlamento*, pág. XLV.